

El

**CICLO DE LA
MAYORDOMÍA
VICTORIOSA**

**Su Tiempo,
Su Talento,
Su Tesoro**

STAN Y LINDA TOLER



CNP Editorial
Kansas City, Missouri

CONTENIDO

<i>Acerca de los autores</i>	6
<i>Prefacio</i>	7
<i>Reconocimientos</i>	11
<i>Introducción</i>	13
1. “Confía” para vivir	17
<i>La mayordomía nos conecta con Dios</i>	
2. “Encomiéndate” para crecer	29
<i>La mayordomía refleja nuestra actitud hacia lo material</i>	
3. “Deléitate” en dar	41
<i>La mayordomía es un acto de compañerismo cristiano</i>	
4. “Guarda silencio” para heredar	53
<i>La mayordomía reporta dividendos eternos</i>	
<i>Notas bibliográficas</i>	64

INTRODUCCIÓN

La iglesia cuenta con abundantes enseñanzas sobre el tema de la mayordomía. Tenemos a nuestra disposición una gran riqueza de información por la radio, la televisión y la página impresa. Pero creemos que algunas de esas enseñanzas han tenido una influencia negativa. Dios ciertamente ha prometido prosperar a sus hijos. Ese es uno de los beneficios a largo plazo de conocer a Cristo como Salvador. Él ha prometido cuidar de los suyos.

Sin embargo, no lo hace de la misma manera con todos.

Dios nos puede bendecir tanto en una carpa como en un templo. Podemos disfrutar la abundancia de su provisión conduciendo un auto nuevo y lujoso, o un auto usado que ha recorrido más de 150,000 kilómetros. La riqueza de Dios es ilimitada, incluyendo desde bienes raíces hasta joyas preciosas. En la escuela dominical solíamos cantar una alabanza que lo resumía muy bien: “Él es dueño del ganado de los campos, de la riqueza de las minas; es dueño de los ríos, las rocas y los riachuelos; del sol y la luna que brillan”.¹ Él puede darnos lo que quiera, cuando quiera y como quiera.

Lo más importante es que Dios nos da lo que es mejor. En el relato del Nuevo Testamento, el hijo pródigo recibió toda su herencia de una vez. Pero después vemos que el hermano mayor disfrutaba de la provisión diaria de cosas buenas, mientras que el pródigo errante vivía en la pobreza tras malgastar su riqueza (veáse Lucas 15:11-32).

A Dios le interesa la *provisión diaria*. Jesús nos enseñó a orar: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”. Para algunos, esa provisión se distribuirá como dividendos de acciones y opciones favorables de negocios. Para otros, vendrá en porciones más pequeñas, tales como horas extras de trabajo que proveen un ingreso inesperado, o un descuento especial al hacer una compra. En ambos casos, las riquezas del cielo se aplican a los residentes de la Tierra.

En la economía del reino de Dios no damos para recibir algo. Lo hacemos simplemente porque lo amamos a Él. La mayordomía es una expresión de lealtad a Dios y de gratitud por sus bendiciones. A cambio, recibimos beneficios soberanos que Él nos provee en forma continua y en la cantidad adecuada para nuestro bien espiritual. Entonces, nosotros le damos otra vez; es decir, *reciclamos* las bendiciones de Dios.

La prosperidad es un regalo divino, no una garantía que ofrece el cristianismo. En ocasiones, la pobreza puede ser una bendición. Por ejemplo, la madre Teresa, desde su pobreza bendijo en la India a los desamparados y a los que ya no tenían esperanza alguna. Ella poseía muy pocos recursos en este mundo, pero, con lo que tenía, ministró a miles de necesitados.

Como en la iglesia de Laodicea en Apocalipsis, “la fe del rico” puede ser una maldición. La iglesia rodeada de lujos puede perderse la bendición de la presencia y el propósito de Dios.

El cristianismo no tiene que ver con relojes de oro sino con coronas de oro. Estas son las coronas de servicio que un día serán arrojadas a los pies del Salvador, quien dejó el esplendor del cielo para vivir sin casa en la Tierra; el Salvador que, teniéndolo todo, lo dejó para que pudiéramos disfrutar del lujo de su perdón y la esperanza invaluable de un futuro.

Este libro trata del equilibrio; acerca de dar para *dar*, no para *recibir*. Habla de un ciclo victorioso de mayordomía que produce paz y prosperidad, sabiduría y riqueza, sustento y lujos.

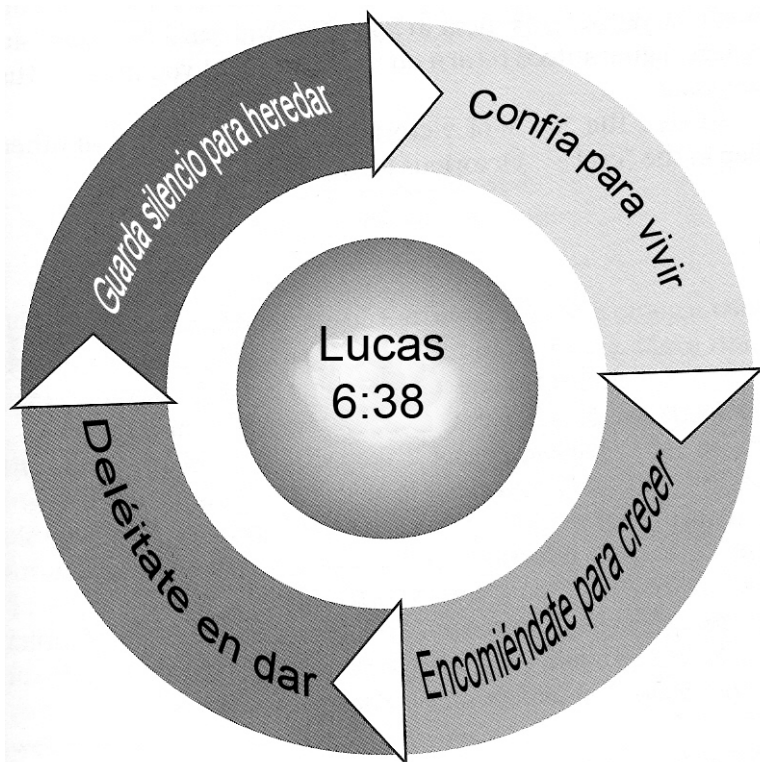
Hay cuatro componentes principales en este “ciclo de la mayordomía victoriosa”. El primero es *confiar*. Confiamos para vivir. Le entregamos al Señor nuestro estilo de vida — incluyendo las finanzas — y descansamos en su provisión abundante. Esto, a su vez, proporciona una conexión vital con Dios.

El segundo es *encomendarse*. Nos encomendamos a Dios, comprometiéndonos a crecer. Plantamos semillas espirituales a fin de cosechar madurez espiritual. La mayordomía refleja nuestra actitud hacia lo material.

El tercero es *deleitarse*. Nos deleitamos en dar. La mayordomía es un acto de compañerismo cristiano. Nos provee satisfacción espiritual interna. No es un obstáculo en nuestra vida; más bien, la enriquece.

El cuarto elemento es *guardar silencio*. Permanecemos en silencio para heredar. La mayordomía cosecha dividendos eternos. ¡Dios ha prometido un final fabuloso! Cuando nos comprometemos con su reino en la tierra, en realidad estamos invirtiendo en la eternidad.

El ciclo de la mayordomía victoriosa



El “ciclo de la mayordomía victoriosa” puede transformar y liberar nuestra vida. A través de estas páginas, descubrirá una manera nueva de ver tanto las bendiciones materiales como las espirituales. Quedará libre de actitudes negativas hacia el dinero. De ese modo, disfrutará de los principios positivos que Dios nos ha dado para que tengamos plenitud financiera y espiritual.

¡Prepárese!

Dios tiene un plan maravilloso para su vida. Desea que disfrute su viaje al cielo. Ya ha puesto algunas promesas maravillosas en el mapa de su Palabra, y ha provisto suficientes recursos en el camino para brindarle apoyo y bienestar.

Abra su corazón para recibir la abundante provisión divina. Descubra que Dios ya ha invertido en nuestra vida. Y, aprenda cómo puede obtener una ganancia garantizada al invertir en el reino de Dios.

En verdad, el “ciclo de la mayordomía victoriosa” es sencillamente otro paso en el “ciclo de la vida victoriosa”.

“GUARDA SILENCIO” PARA HEREDAR

La mayordomía reporta dividendos eternos

*Guarda silencio ante Jehová y espera en él.
No te alteres con motivo del que prospera
en su camino, por el hombre que hace lo malo.
—Salmos 37:7*

Hace muchos años, cuando ministrábamos en el equipo de John C. Maxwell en Lancaster, Ohio, tuvimos el privilegio de escuchar a E. Stanley Jones. Este destacado misionero dijo algo tan significativo que yo (Stan) escribí su declaración en la primera página de mi Nuevo Testamento. Esto fue lo que dijo:

Estoy diseñado internamente para tener fe, no para temer. Mi tierra natal no es el miedo, sino la fe. Estoy hecho de tal forma que la preocupación y la ansiedad son arena en la maquinaria de la vida; la fe es el aceite. Vivo mejor por la fe y la confianza, que por el temor, la duda y la ansiedad. En medio de la ansiedad y la preocupación, mi ser lucha por respirar — no es mi aire natural. Pero en medio de la fe y la confianza, respiro libremente — ése es mi aire natural.

Este es el vivo retrato de una persona que ha aprendido a confiar en Dios, sin importar las circunstancias o lo que la rodee. Esta confianza se forma sobre la obediencia a la Palabra de Dios. El efecto fundamental del ciclo de la

mayordomía es el reposo espiritual, al creer en las promesas de Dios.

En *El ciclo de la vida victoriosa*, Earl y Hazel Lee presentan una perspectiva maravillosa de la importancia del reposo espiritual: “En el salmo 37, guardar silencio implica un descanso *activo*. Dios habla; yo escucho y obedezco. Y con cada situación nueva, sigo el ciclo hacia la etapa del reposo interior [“guardar silencio”]. Esto consiste en descanso de la fricción, y no de la acción. El mayor Shupp, de la Infantería de Marina de los Estados Unidos, dijo: ‘Si podemos leerlo, lo podemos hacer’. En la acción hallamos descanso, cuando la realizamos con el Señor”.¹

El salmista nos enseña a esperar “pacientemente”. El hijo de Dios está esperando el telón final. Esta etapa de la vida a menudo está llena de acción y agitación, pero Dios tiene bajo su control el último acto. Las cuerdas para bajar el telón final están en sus manos.

Sin embargo, la espera no es pasiva. Es activa. Debemos hacer la voluntad y la obra de Dios mientras esperamos el regreso de su Hijo, el Señor Jesucristo. Como dicen los Lee: “En la acción hallamos descanso, cuando la realizamos con el Señor”.

Y, como resultado de esa *acción*, recibimos nuestra *heredad*.

La gran promesa de Dios

Lo que “recibimos” espiritualmente es producto de lo que “damos”. Lo vemos en el Antiguo Testamento: “Que Jehová pague a cada uno según su justicia y su lealtad” (1 Samuel 26:23). Y lo vemos también en el Nuevo Testamento: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcible, reservada en los cielos para vosotros” (1 Pedro 1:3-4).

Norman Wilson, autor y evangelista radial, desde el púlpito de la Iglesia Trinity declaró: “La mayoría de la gente en

el mundo mira hacia el futuro y ve un fin sin esperanza. El creyente mira hacia el futuro y ve una esperanza sin fin”. Dios ha reservado lo mejor para el final. Nuestro sacrificio y servicio espiritual en la tierra no puede, de ninguna manera, compararse con las bendiciones eternas que Dios ha reservado para nosotros.

De cualquier manera salimos ganando. ¡Piénselo! Si vive en obediencia a la Palabra de Dios en la tierra, recibirá perdón, paz, gozo, compañerismo, propósito y provisión. ¡Y al final de su vida, irá al cielo!

¡Qué maravillosa esperanza!

De principio a fin Dios le ha cubierto con su bendición. Hebreos 11:6 dice: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a los que lo buscan”. Usted ha clavado una estaca espiritual en el terreno de esa promesa, y Él recompensa a los que lo buscan con fervor.

Pero, no olvide los beneficios “a lo largo del camino”. Como el hermoso himno de Thomas O. Chisholm expresa: “Oh, tu fidelidad, cada momento la veo en mí”. Cada día es un regalo del cielo que Dios nos entrega personalmente. Nuestra mayordomía es el acto de abrir ese regalo.

Dios es quien recompensa. Y lo hace de acuerdo a su tiempo (véase Juan 11:21). Además, su recompensa no siempre es monetaria. El salmista escribió: “Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad” (Salmos 84:11).

Piense en todo lo que incluye ese “bien”. ¿Se ha olvidado de algo? Piense otra vez. A veces lo que abarca el “bien” no es lo primero que viene a nuestra mente.

Un abrazo.

Un beso en la mañana.

El amanecer.

La puesta del sol.

La lluvia.

A veces las bendiciones menos obvias son las que más apreciamos.

Pero, aun sin una chequera, usted puede comenzar el ciclo de la mayordomía victoriosa. Las recompensas de Dios no son para guardarlas sino para compartirlas. “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y especialmente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10).

El ciclo de la mayordomía puede comenzar de manera insignificante. James S. Hewett cuenta de la bendición de los 57 centavos que encontraron bajo la almohada de una niña cuando ella murió.

Unos años atrás, la niña había querido asistir a una pequeña escuela dominical en Filadelfia, pero le dijeron que no había suficiente espacio. Entonces ella comenzó a ahorrar sus centavos para “ayudar a que la escuela dominical tuviera más salones”. Dos años después la niña se enfermó y murió. Bajo su almohada, encontraron un pequeño monedero con 57 centavos y un papel, con la siguiente nota escrita muy claramente: “Para ayudar a construir un templo más grande para que más niños puedan ir a la escuela dominical”.

El pastor contó la historia a su congregación y el periódico difundió la historia por todo el país. Pronto los centavos se multiplicaron, y hoy se puede ver el resultado en Filadelfia. Hay un templo con 3,300 asientos; la Universidad Temple, que recibe a miles de estudiantes; el Hospital Temple; y un gran edificio para la escuela dominical. Y todo comenzó con 57 centavos.²

Tal vez usted tenga más de 57 centavos, mucho más. Pero como sucedió con la niña, su ofrenda sacrificada — ofrecida con amor y en obediencia a Dios — se puede multiplicar. Dios lo ve y lo recompensa.

Practicar la mayordomía es confiar

Proverbios 19:17 nos enseña: “A Jehová presta el que da al pobre; el bien que ha hecho se lo devolverá”. Pero, ¿cómo se le puede “prestar” a Aquel que lo posee todo? Simplemente, usted pone en circulación otra vez los recursos que son de Él.

A medida que usted le da a Dios, Él da a otros, ¡y lo incluye a usted en el ciclo! No importa cuánto dé usted, siempre obtendrá lo mejor del trato. Dar es un acto de confianza en Dios: la confianza de que Él le dará la ganancia de su inversión. ¿Por qué le da Él una ganancia? Para que usted continúe el ciclo de la mayordomía: *dar, recibir y volver a dar*.

La provisión de Dios es ilimitada. Actúe de acuerdo con esa verdad.

- ¿Necesita un amigo? Brinde amistad y Él le dará el mejor amigo: Él mismo. “Amigos hay más unidos que un hermano” (Proverbios 18:24).
- ¿Necesita incentivo en su carrera? Esfuércese y Él le dará sabiduría para progresar. “Honra a Jehová con tus bienes y con las primicias de todos tus frutos; entonces tus graneros estarán colmados con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto” (Proverbios 3:9-10).
- ¿Busca las bendiciones de Dios? Invierta en la vida de otros y Dios le dará su aprobación eterna. “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndolos aún” (Hebreos 6:10).
- ¿Desea madurez espiritual? Entregue su corazón a Dios y Él le recompensará con su presencia. “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros” (Santiago 4:8).

Lo que usted haga, causará una reacción que también bendecirá a otros. Se cuenta que cuando unos trabajadores removían árboles de un terreno, el supervisor se percató de que en un árbol había un nido de pájaros. Movidó por la compasión, ordenó a los obreros que no cortaran ese árbol. Unas semanas después regresó a ver ese árbol solitario en el sitio de la construcción. Subiéndose a una de las máquinas para remover tierra, lo elevaron para que examinara el nido. Las pequeñas aves se habían ido —habían aprendido a volar.

Entonces el supervisor ordenó que cortaran el árbol. Al caer a tierra, el nido se destrozó. El hombre, al ver un papequito entre los escombros del nido, lo levantó y lo leyó. Era parte de una hoja de alguna lección de escuela dominical; quizá el encargado de limpiar el templo la había arrojado a la basura. La madre de los pajaritos había recogido ese pequeño papel como material para construir su nido. Sólo quedaban estas palabras de la lección bíblica: “Él cuida de ustedes” (1 Pedro 5:7, *Nueva Versión Internacional*).

El tiempo que un hombre invirtió para preservar el nido, unido a la promesa impresa de la Palabra de Dios, resultó en el bienestar de unos pequeños pajaritos que vivieron para alzar vuelo. Fue un “ciclo de mayordomía victoriosa”.

Practicar la mayordomía brinda descanso

En el libro *The Harder I Laugh, the Deeper I Hurt* (Mientras más fuerte me río, más profundo es mi dolor), yo (Stan) cuento de un tiempo crítico en mi vida cuando tuve que confiar en Dios.

Nunca olvidaré el día cuando murió mi padre. Mi tío Roy nos recogió después de clases en el viejo Plymouth 1959 de papá, y nos dijo: “Tenemos que ir al hospital. Su papá tuvo un accidente y está herido”.

Lo extraño es que, dos semanas antes, yo había soñado que mi papá había muerto. Fue sólo un sueño, pero desperté temblando de pies a cabeza, sollozando y tratando de imaginar cómo sería la vida sin papá. Cuando vi la mirada seria de mi tío, recordé al instante esa sensación de pánico y angustia. Tenía sólo 11 años de edad y nunca me había sentido tan devastado. Al reflexionar en eso ahora, pienso que quizá, por medio del sueño, el Señor quiso prepararme para lo que vendría más adelante.

Tío Roy nos llevó al hospital en Columbus, Ohio. Mis hermanos menores y yo esperamos en el auto casi cinco horas, mientras mamá entraba y salía del hospital. Finalmente, un policía salió y nos dijo que nuestro padre

había muerto. Recordando aquel horrible sueño, comprendí que en verdad estaba viviendo ese dolor desgarrador del que sólo había tenido una muestra dos semanas antes. ¿Cómo podría regresar a la casa sabiendo que papá ya no estaría allí?

Cuando llegamos a casa, no quería ni siquiera bajar del auto para entrar en ella. Mi corazón desesperado palpitaba con fuerza, mientras mis hermanos —Terry, de nueve años, y Mark, de tres— sollozaban y se aferraban a mí en el asiento trasero del auto. Mamá estaba tan turbada que tío Roy tuvo que ayudarla a caminar hasta la casa. Cómo deseaba que él no regresara por nosotros; yo sólo quería desaparecer. Pero pronto tío Roy volvió. En ese momento supe que no tenía alternativa: tendría que entrar en la casa.

Caminando con mis hermanos, con sus brazos alrededor de mí, comencé a subir las gradas, pero no pude seguir. Una agonía desgarradora me sobrecogió y colapsé gimiendo de dolor. Me sentí perdido, completamente perdido en un mar de sufrimiento. La confusión se apoderó de mí. La desesperación me dominó. Mi mente de 11 años no podía comprender cómo podía haber pasado eso. ¿Cómo era posible que papá —mi papá— estuviera muerto? Tan solo la noche anterior habíamos estado juntos. Recordé su sonrisa cálida y agradable. Recordé los encuentros de lucha libre entre padre e hijo, y su confirmación de que me amaba con todas sus fuerzas. ¿Cómo podía él estar muerto? *¿Cómo era posible?*

Simplemente, no tenía sentido. Nos habíamos mudado de Virginia Occidental a Ohio para que papá ya no tuviera que trabajar en las minas de carbón. Él sufría de la enfermedad llamada pulmón negro, y se había fracturado la espalda tres veces antes de cumplir 30 años. Había trasladado a la familia a Ohio para que mejorara nuestra vida. ¡Y ahora él estaba muerto! ¡Todas nuestras esperanzas de una vida mejor se habían truncado! Ni

siquiera sentía que éramos ya una familia; sólo quería huir y esconderme. No creí que podría soportar el dolor que estaba sintiendo. Históricamente exclamé: “¡Dios, no puedo entrar a la casa otra vez sin mi papá!”

Entonces, en forma casi audible, percibí la voz de Dios: “Aunque ande en valle de sombra de muerte...” (Salmos 23:4). De inmediato tuve la seguridad de que no estaba solo; el Señor estaba conmigo. Me levanté, me sequé las lágrimas y entré en la casa. Una maravillosa paz inundó mi alma, una paz que me dio el valor para enfrentar los días difíciles que se avecinaban.³

Mi fe en la promesa de Dios fue lo que me ayudó a sobrellevar esa dura prueba. Dios había recompensado mi confianza con su presencia. Nosotros tomamos decisiones similares casi todos los días, eligiendo entre confiar en el Señor o en nuestros propios esfuerzos. El pastor Bill Hybels dice:

Nosotros escogemos entre lo correcto y lo conveniente, defendiendo una convicción, o cediendo por comodidad, por avaricia o para obtener la aprobación de los demás. Escogemos ya sea tomar un riesgo cuidadosamente pensado, o refugiarnos en un caparazón de seguridad, protección e inactividad. Escogemos ya sea creer en Dios y confiar en Él, aun cuando no siempre entendamos sus caminos, o lo criticamos y nos sumergimos en la duda y el temor.⁴

Recientemente ofrendamos 1,000 dólares para una causa especial en la iglesia. La semana siguiente recibimos un cheque inesperado por \$1,410. ¿Coincidencia? De ninguna manera. Habíamos dado un paso de fe, practicando el “ciclo de la mayordomía victoriosa”. Simplemente Dios nos estaba dando la ganancia de nuestra inversión.

Nuestra disposición para ofrendar nos ayudó a crecer en la fe. Incrementó nuestra estabilidad espiritual. Experimentamos descanso espiritual. Creer que Dios recompensará nuestra ofrenda realmente nos da más fuerza espiritual.

Juan Wesley tenía una filosofía simple respecto a sus finanzas: *Gana todo lo puedas, ahorra todo lo que puedas, y da todo lo que puedas*. ¿Cómo influyó esta filosofía en su fe? Él escribió: “¿Qué debemos hacer, entonces, para que el dinero no pueda hundirnos en las profundidades del infierno? Hay una sola manera, y no hay otra bajo el cielo. Si aquellos que ‘ganan todo lo que pueden’ y ‘ahorran todo lo que pueden’, de la misma manera ‘dan todo lo que pueden’, entonces mientras más ganen, más crecerán en la gracia y más tesoros acumularán en el cielo”.

Obedecer los principios de la Palabra de Dios –incluyendo los principios de mayordomía– nos ayuda a disfrutar de una vida de descanso en Cristo. Eso no quiere decir que nunca sufriremos de insomnio. Tampoco significa que no enfrentaremos situaciones estresantes. Simplemente significa que hemos escogido vivir en otro nivel, no confiando en nuestros propios esfuerzos sino con una confianza activa en la provisión de Dios. El resultado es el reposo espiritual.

Dios ha prometido recompensarnos por nuestra fidelidad. Al dar, estamos confiando que Él cumplirá sus promesas.

Enfoca tu mirada en la eternidad

La mayordomía es un ejercicio espiritual. Es mucho más que escribir un cheque o poner dinero en el plato de ofrendas. Es invertir en el banco del cielo. Pablo dijo: “El cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en hacer el bien, buscan gloria, honra e inmortalidad” (Romanos 2:6-7). El uso sabio y espiritual de nuestro dinero aquí en la tierra será recompensado eternamente.

Puesto que en el Nuevo Testamento hay más de 2,000 versículos que tratan del dinero, obviamente a Dios le interesa la manera en que manejamos nuestras finanzas.

La salvación es gratuita. Jesús pagó por ella con su propia vida. Pero nuestra lealtad y servicio a Él tienen un costo personal. El rey David lo expresó de esta manera: “No ofre-

ceré a Jehová, mi Dios, holocaustos que no me cuesten nada" (2 Samuel 24:24). En otras palabras, la adoración sin una expresión tangible de gratitud es hueca y vana.

A través de la Biblia vemos ejemplos de lo que es dar al Señor, y ejemplos de cómo recompensa Él al que da. Notemos el incidente en la vida de Simón Pedro, seguidor y discípulo de Jesucristo:

Aconteció que estando Jesús junto al Lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. Vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; los pescadores habían descendido de ellas y lavaban sus redes. Entró en una de aquellas barcas, la cual era de Simón y le rogó que la apartara de tierra un poco. Luego, sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado; pero en tu palabra echaré la red. Cuando lo hicieron, recogieron tal cantidad de peces que su red se rompía (Lucas 5:1-7).

El ciclo de la mayordomía comenzó con una simple transacción. El discípulo le dio una de sus barcas a Jesús. Y resultó en abundancia de peces, más que los que el discípulo había obtenido en todas sus pescas anteriores.

La fe nos capacita para ver lo que otros no pueden ver.

El dar de corazón, combinado con una fe activa, resultará en un milagro: un milagro de resurrección. En 1 Corintios 15:55-57 tenemos esta promesa: "¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro, tu victoria?, porque el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la Ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo".

Nuestro vecino Mart Green nos invitó a la exhibición preliminar de un documental que él produjo. Trataba de la vida de Jim Elliot, un joven misionero que pagó con su vida el costo de servir al Señor. En el estreno del documental,

Mart le recordó a la audiencia que Elliot una vez afirmó: “No es tonto quien da lo que no puede retener, para ganar lo que no puede perder”.

En verdad, en eso consiste el *ciclo de la mayordomía victoriosa*.

Notas bibliográficas

Introducción

1. *He Owns the Cattle on a Thousand Hills*. © Derechos reservados 1948, renovado en 1976 por John W. Peterson Music Company. Usado con permiso.

Capítulo 1

1. Earl y Hazel Lee, *El ciclo de la vida victoriosa* (Kansas City: Casa Nazarena de Publicaciones, 2001), 30-31.

2. Thomas G. Long, "Matthew", *Westminster Bible Companion* (Louisville, Kentucky: Westminster-John Knox Press, 1974), 75.

Capítulo 2

1. Earl y Hazel Lee, *El ciclo de la vida victoriosa*, 23.

2. Stan Toler y Elmer Towns, *Developing a Giving Church* (Kansas City: Beacon Hill Press of Kansas City, 1999), 69.

3. Randy Cloud, *Adult Leader*, marzo—mayo 2003, 90.

4. Norman Wilson y Jerry Brecheisen, *The Call to Contentment: Life Lessons from the Beatitudes* (Indianápolis: Wesleyan Publishing House, 2002), 18.

5. Adaptado de Donald E. y Vesta W. Mansell, "Sure as the Dawn", *Wit & Wisdom*, 15 de octubre de 1993, 14.

6. Joseph P. Blank, "Who Mourns for Herbie Worth?", *Reader's Digest*, octubre 2001, 132A-132H.

Capítulo 3

1. Earl y Hazel Lee, *El ciclo de la vida victoriosa*, 37.

2. John F. MacArthur Jr., *Whose Money Is It, Anyway?* (Nashville: Word Publishing, 2000), 90-91.

3. James S. Hewett, *Illustrations Unlimited* (Wheaton, Ill: Tyndale House Publishers, 1988), 98.

4. Citado en Ray C. Stedman, *God's Final Word: Understanding Revelation* (Grand Rapids: Discovery House Publishers, 1991), 38.

5. Steve Farrar, *Point Man: How a Man Can Lead a Family* (Nashville: Word Publishing, 1994), 44.

6. Bruce Larson y Robert Schuller, *What God Wants to Know: Finding Your Answers in God's Vital Questions* (Nueva York: HarperCollins, 1993), 63.

7. Charles Swindoll, *The Tale of the Tardy Oxcart: And 1,501 Other Stories* (Nashville: Word Publishing, 1998), 230.

8. Jerry Brecheisen, *In Pleasant Places: Celebrating the Fiftieth Wedding Anniversary of Tom & Joan Phillippe* (Derechos reservados por Thomas E. y Joan Phillippe, 2003), 26. Usado con permiso.

Capítulo 4

1. Earl y Hazel Lee, *El ciclo de la vida victoriosa*, 41.

2. James S. Hewett, *Illustrations Unlimited*, 462.

3. Stan Toler y Debra White Smith, *The Harder I Laugh, the Deeper I Hurt* (Kansas City: Beacon Hill Press of Kansas City, 2001), 15-16.

4. Bill Hybels, *Who Are You (When No One's Looking)?* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1998), 82.